¡De palabras estamos llenos!

Cenderos

Créditos

Autores:

Brenda Trejos Córdoba

Eliécer Antonio Meneces Espinales

Idalia Concepción García Ampié

Ileana Vallecillo González

Lea Beatriz Bolt Duarte

Marilyn Mantilla Martínez

Mónica Alejandra Rodríguez Espinoza

Yeny Contreras Baires

Recopilación y Revisión: Carlos Hernández Bello

Acrósticos

Como la lluvia cae por la noche
Olvidando lo que sucede
Con mucho cariño
Recuerdo tu sonrisa
En mi mente siempre estás
Ahora no puedo dejar de imaginar, las
Risas de tu boca soltar.

Idalia García

Marbellí salió de casa temprano
Última vez que la vimos
Sonaron las campanas de la iglesia
Ingenua niña de campo
Culparon a su padrastro
Ahora marbellí ya no existe.

Eliércer Meneses

Mi mundo está lleno de días maravillosos
Unos días más que otros, pero con un día
Soleado, todo es mejor
Inmenso, casi pleno, bajo unas palmeras, tomando agua fría...
Calurosos días de verano
Alegran y regocijan mi alma

Brenda Trejos

Como las aves en el cielo
Oyes la fuerza del viento
Creas tu propio mundo y
Refieres a tu interior
Eres especial
Amas tu integridad, eres humano, no
Reniegues de tu bondad.

Yeny Contreras

Caminos, cantos, caminos
Oscuros, oblicuos, extraños
Como, cantan los
Rayos, ruidosos y
Estrellas
Azules
Relucientes, bailando en tu pecho

Lea Bolt

Mientras exista la
Unión entre la música y la
Sociedad, existirá una vibración
Inigualable en el mundo que hará
Cambiar las vidas de todos, en
disponerlas en
Armonía

Monica Rodríguez

Mi mundo está lleno de días maravillosos
Unos días más que otros, pero con un día
Soleado, todo es mejor
Inmenso, casi pleno, bajo unas palmeras,
tomando agua fría...
Calurosos días de verano
Alegran y regocijan mi alma

Brenda Trejos

Cartón que sirve para la casa
Oro es el segundo material para adornar la casa
Cosas, sencillas o escandalosas
Ratones no pueden faltar
Espejo es mi favorito, siempre me veo, aunque a
veces, no quiera hacerlo, ni un poquito
Alma mía quiero presentar
Rojo es el techo y también mi color favorito

Marilyn Mantilla

Poemas

Colaborativos

Danzando sobre tu pecho

Estaba acostada en mí habitación
mientras la noche transcurría a mí alrededor
con mis hijos quiero cantar
hermoso momento que engalana la noche
con su pecho ardiente
miro en los más hermosos ojos.
el universo se detiene para admirar ese, su ansiado esplendor

Soñando con la libertad

Mis pensamientos retumban sobre mi almohada,
conectando mis deseos con la realidad

Sueños con efímeros lazos de sosiego

Libertad de moverme sin importar fronteras,
caminar tomados de la mano
para crear una sociedad más justa.

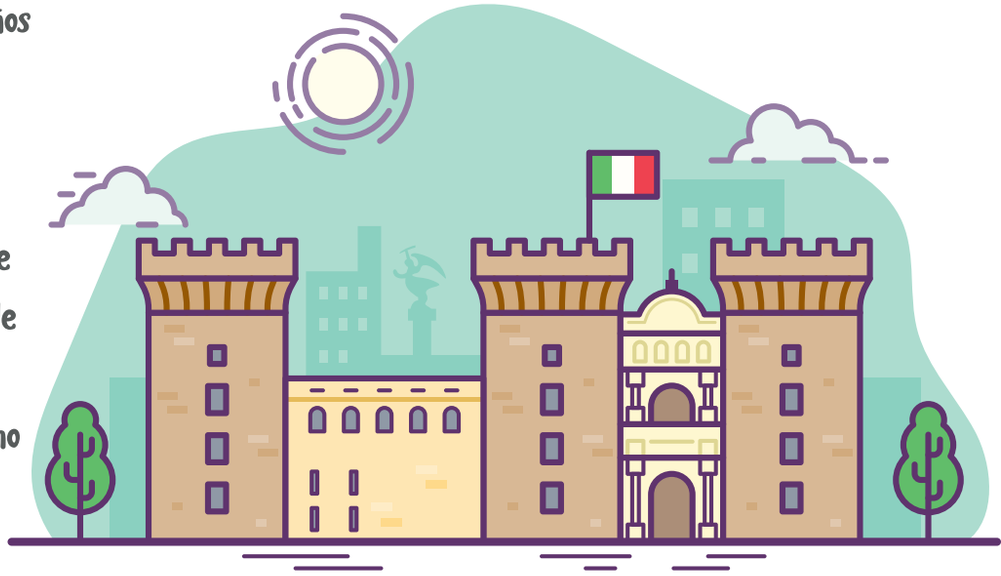
Libertad que anhelo profundamente, desde mi existir.

Sueño que sueño
Tengo alas y vuelo
Tengo un poema suelto
Una onda y un lazo
Para abrazarte... cielo

Cuentos

Las aventuras de Segismundo

Segismundo se encontraba en Italia leyendo la Divina Comedia, ya saben ustedes ese libro que habla sobre el infierno, el purgatorio y el paraíso. Segismundo, en la comodidad de su habitación con aquellas sábanas, sábanas limpias, que le gustaban mucho; pero se encontraba muy disgustado porque los personajes de su lectura estaban llenos de mentiras, engaños y avaricia.

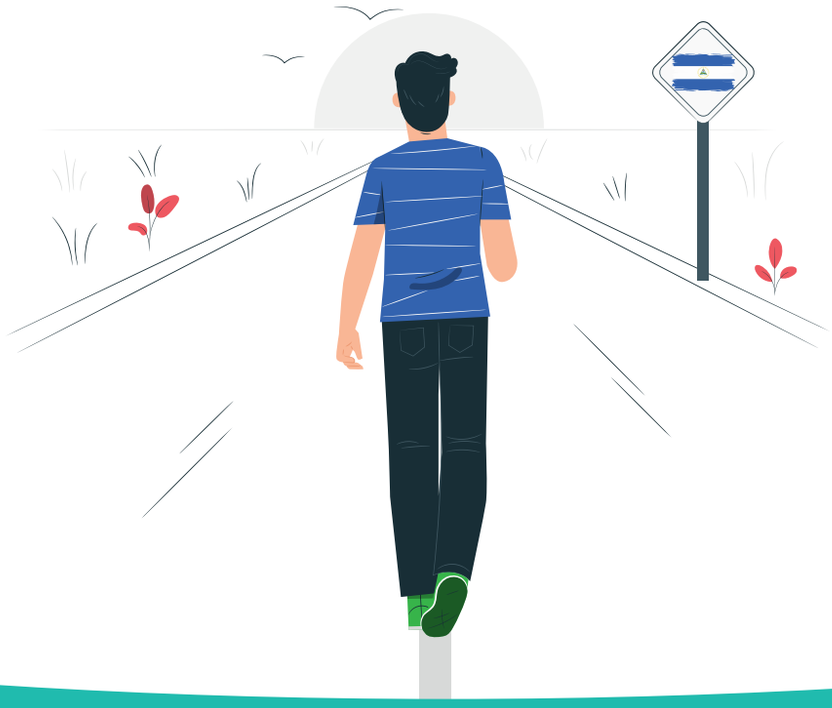


Este disgusto lo trasladó casi telepáticamente a Nicaragua, un país que había conocido hacía mucho tiempo, donde había cosas muy similares como las descritas en el libro; pero en aquel país no solo existían seres repugnantes, también había personas muy buenas sufriendo los desatinos de aquellos seres malévolos y saber esto apesaraba a Segismundo.

Estos sentimientos le hicieron replantearse muchas cosas, como darse cuenta que su disgusto no lo dejaba disfrutar de su estadía en Italia, lo cual era casi una herejía, o por lo menos así lo concebía él.

Por tanto, decidió poner fin a sus penumbras con un ritual muy particular. Salió de casa y camino con un paso claro y seguro, llegó a la plaza Della Signoria, hizo un ademán con las manos, dio un paso y luego otro. Juntó ademanes, pasos, cadencia y ritmo. Bailó durante buen rato, bailó con el alma entre tarantela y sus tragedias.

Lea Bolt



La Negra

–Respira, respira... el mar te espera fresco y cálido, tierno y fuerte, claro y oscuro, es llano y profundo, sus matices irradian desde un Sol que te ata– Se repetía para sus adentros aquella mujer que buscaba en el mar y sus olas, al menos un poco de paz, esperaba la hora perfecta del día para hacerlo, para surfear por primera vez.

Pero antes que todo, quisiera hablarles un poco acerca de aquel lugar.

Aquella era una de las mejores playas del país, una bahía extensa que tenía en sus extremos unos hermosos farallones. A pesar del desarrollo de algunos emplazamientos turísticos, aún se respiraba la brisa fresca del mar. A lo largo de la playa, encontramos los restaurantes que han dado la gloria, la paz y un respiro a las personas que visitan aquel lugar o a quienes toman la decisión de quedarse. Como es de esperarse, este lugar está lleno de personajes pintorescos. Podemos encontrar a los típicos borrachitos que cuidan los parqueos, los cheles con sus negocios de surfear, los famosos cheles los dueños del lugar". Si, la playa tiene dueños. Aquella consigna era repetida constantemente por una pareja de indigentes, que había vivido desde hace mucho tiempo en ese sitio de encanto. Nadie sabe cuándo llegaron solo que nunca se fueron, la gente normalmente dice han vivido aquí toda su vida–. Aquellas dos personas deambulan por la playa y si les preguntas qué a qué se dedican, te dicen nos gusta pastorear los peces y cuidar su propiedad, en estos tiempos no se puede confiar en nadie–.

Retomemos el hilo de esta historia, la mujer de quien les hablaba en el principio se llama o le dicen La negra", ella siempre anda contoneándose de aquí para allá y de allá para acá, se mueve como si sintiese envuelta entre las olas. Aquel día se encontraba ligera de prendas –perfecta para surfear, lista para lanzarme al agua– se dijo. Había disfrutado mucho durante sus clases, ahora quería probar, quería hacerlo. Ella se imaginaba enfrentándose a las olas, oyendo el mar rugir. Y ahí estaba ella, de frente al mar con su cabello suelto, la brisa se colaba entre sus cabellos y los hilos de viento acarician su cuello.

Se sentía viva, envuelta en ese calor que solo el sol le podía dar, con sus pies hundiéndose en la arena, sintiendo la humedad, experimentando aquella mezcla de frío y calor, de calor y frío, desde sus dedos enterrados en la arena. Era una con el sonido de las olas, con el vaivén del mar. Firmemente pensó llegó el momento–. Decidió ir en busca de una tabla de surf a la tienda de El Checo, pero de repente, mientras recorría el trayecto hacia la tienda, escuchó gritos, unos gritos de rabia, de dolor, de indignación. Eran Roberto y Patricia, discutiendo una vez más, en esta ocasión el objeto del conflicto era un pedazo de pan.

La negra interrumpió su diligencia y se dirigió hacia donde se encontraban Patricia y Roberto. A medida que se acercaba a ellos, lograba escuchar con mayor claridad lo que se decían el uno al otro. Patricia suplicante le decía a Roberto – ese pan es mío! es mi tesoro! si no me devuelves mi pan, no podré comer en paz! dame mi pan de San Antonio! –, Roberto muy astutamente replicó –es solo un trozo de pan duro y viejo, te vas a enfermar, de dónde sacas que te va a dar paz? al hospital es que vas a ir a dar–. Patricia se mostraba decidida a llegar a las últimas consecuencias, claro está, ella nunca fue una mujer de pleitos, pero siguió defendiendo su postura. – no me lo voy a comer! es mi pan de San Antonio! su promesa es para quienes lo llevamos junto nosotros–. Muy socarrón Roberto volvió a responder – loca es que estás! al psiquiátrico es que te van a mandar! Patricia empezó a sollozar y musitaba Regrésame mi pan!

La negra se acercó, le incomodaba sobremanera ver a Patricia llorando, ya la conoce y sabe que si no la ayuda se le va a alterar la presión, la última vez así fue, lloró tanto que decía ay mi corazón se me ha partido en dos! –. La negra sabía qué hacer. Tomó a Patricia entre sus brazos y la arrulló como a un bebé, como si fuera su bebé, le hablaba bonito, bonito sincero, bonito con bondad. Luego se fue donde

Roberto y le pidió que regresara el pan, no necesitaba quitárselo, solo convencerlo. La negra sabía que ese pan solo era una excusa para Roberto, una excusa para discutir, para ejercer su poder.

Roberto, sabía lo que hacía, cuando la negra se acercó a Roberto, este le dijo que lo hacía para cuidar a Patricia, siempre decía que todo lo hacía por el bien de ella, debía de cuidarla de creer en alguien o algo más que no fuera él, cuidarla de que pensara en ella antes que él, la cuidaba del egoísmo y la vanidad, del amor propio y de la integridad, porque ella no existía sino era para él. Al final Roberto cedió, devolvió el pan, porque ya había logrado lo que quería. Ahora Patricia volvía a estar tranquila con su pancito de San Antonio, lo guardaba junto a su pecho, y aunque Roberto se lo volviera arrebatar, el tiempo que ella lo tenía cerca de su corazón lo iba a disfrutar.

Se alejaron, discutían donde iban a dormir, si en la arena, en el rancho abandonado o a orillas de parqueo del bar. La negra no se sentía mejor, estaba por llorar, le dolía tanto ver que Patricia sufría esa situación. Luego regresó a la orilla de la costa y se quedó viendo el mar, para llenarse de paz, pero no logró surfear, el tiempo había cambiado, la tienen de El Checo estaba cerrada y la noche una vez más tendía su manto.

Yeny Contreras

Una Margarita

Me parecía que eran las 4:30 de la tarde y ella expiró. La tierra estaba ahogada en agua, el cielo asemejaba una gigantesca piedra de ónix, con innumerables nubarrones grises que retumbaban cual estómago hambriento, todo se quedó en silencio un instante, el tiempo se arrodilló susurrando una oración, se petrificó. Todo parecía irse borrando, derritiéndose, desapareciendo mientras se acercaba la negra y fría noche. Los árboles se doblegaron ante la implacable tiniebla. La vida se rindió ante la muerte y puso a sus pies una alfombra de gotas cristalinas para que caminara sin dejar huella. lámpag

l cielo se confabuló aquel 14 de mayo. Blas, el perro, inició su canto, una canción de despedida en su lenguaje animal.

De pronto, en medio de los charcos, se escuchó un sonido como si alguien o algo quebrara vidrios. Era Valentín, venía golpeando con fuerza el lodazal. Sus ojos eran dos volcanes expulsando lava desde sus pupilas retraídas. El perro continuaba su lamento y corría alrededor de la casa, viviendo su propio calvario.

Valentín interrumpió su trayectoria circular de golpe, se movió en otra dirección y gritó –Yo soy sangre de tú sangre y carne de tú carne– frase que acompañaba mientras mutilaba su espalda. Las puertas de la casa estaban cerradas, Margarita, su madre, ya no podía escucharlo. De pronto tomó las piedras y las fue estrellando contra la pared, el tejado y el perro. Cada piedra parecía un dardo buscando venganza.

Yo me encontraba expectante desde una orilla de la ventana, no quería ser víctima de uno de los dardos de Valentín. Sentía mucho miedo de que Valentín irrumpiera la casa, yo estaba sola y con un cadáver en el centro de la sala,

lo único que me protegía era el perro, pero Blas se mostraba acongojado y aunque no lo dijera pude entenderlo en cada ladrido que daba. Seguía lloviendo, en medio de la oscuridad, los haces de luz cortaban la sombra de Valentín que se resistía a irse y abandonarlo todo.

A medida que transcurrían los segundos, la tormenta se hacía más intensa. Valentín titiritaba de frío y rabia, entonces se dispuso a entrar a la casa por la fuerza y acabar con la vida de Azucena. Margarita yacía cómo una flor decaída, sin aliento de vida.

Blas seguía en pie de lucha en su papel protector, sus ojos se agrandaron, cada músculo de su cuerpo aumentó cuatro veces su tamaño real, su pelaje se erizó en actitud de ataque, sus caninos resplandecían blancos y filosos entre los rayos y relámpagos. Valentín agitó la cadena y le propinó el primer latigazo a Blas, el perro saltó de golpe a la humanidad de aquel hijo desalmado. Ladridos, mordidas, huesos rotos y la estocada final, una mordida certera en la yugular que silenció por completo la voz arrogante de Valentín. Silencio.

– Silencio! Shhh, shhhh!, deja de ladrar Blas que la vas a despertar– le decía Valentín al perro, mientras con mucha ternura le acariciaba la cabeza. Valentín contemplaba el sueño de Azucena, como protegiendo a un ángel. Blas seguía ladrando. Azucena despertó exaltada de aquella pesadilla. Valentín le sonrió, traía las manos llenas de margaritas – Te casas conmigo?– le susurró. Se abrazaron y se fundieron en un beso

apasionado. Blas seguía ladrando, pero ahora parecía que les regalaba una serenata a sus enamorados cuidadores. Llovió tanto esa tarde que al día siguiente de la tierra brotaban las más hermosas flores y luego el sol fue el de siempre. Azucena jamás mencionó aquella pesadilla.

Eliércer Meneses

Elizabeth

Elizabeth una mujer fuerte, feliz, gran madre y esposa. Un día Elizabeth estaba en su casa trabajando, sentada frente a su computadora y de repente sufrió un desmayo. Juan, su hijo, la encontró tirada en medio de la estancia y la llevó de emergencia al hospital. Después de varias horas ella despertó. Ningún familiar se encontraba en el hospital. La enfermera llamó por teléfono a su hijo, – Con Juan, le llamo del hospital? –, quien del otro lado de la línea respondió –Sí, Pasó algo con mi mamá? –, la enfermera muy serena le dijo –Sí, su mamá ya despertó y me encargó un recado para usted y su hermano, que por favor vengan al hospital lo más pronto posible, porque necesita comunicarles algo muy importante–, Juan hizo una pausa y termino la llamada diciendo –Sí, iremos de inmediato–

Juan y Marco llegaron con cierta preocupación al hospital, debido a la urgencia manifestada en el recado enviado a través de la enfermera, toda esta situación les generaba mucha incertidumbre, deseaban saber qué era eso que Elizabeth quería hablar con ellos. Llegaron a la habitación, el médico les indicó que solamente tenían 15 minutos, debido al estado de salud de su madre.

A pesar del corto tiempo concedido por el doctor a ellos tres les pareció que aquella conversación había durado muchas horas, pues hablaron de muchas cosas. Elizabeth hizo hincapié en algo que para ella era muy importante, podría decirse que era su última voluntad, les dijo si yo muero, quiero que ustedes me cumplan dos deseos: primero, quiero tener un último encuentro con todas las personas que más amo y, en segundo lugar, mi más importante deseo es que si vuelvo a sufrir un derrame, no quiero ser conectada a una máquina–

Sus hijos, muy sorprendidos con la decisión de su madre, sabían que, si ese día llegaba, ellos tenían que tomar la decisión más importante por su mamá, mientras tanto dispusieron a la preparación del encuentro familiar. Al día siguiente llegaron al hospital, adornaron la habitación con las flores favoritas de Elizabeth, unas calas hermosas y colocaron globos, llevaron el café favorito de su mamá y por supuesto, también llegaron las personas que más amaba. Todos estaban teniendo un buen encuentro recordando y contando las anécdotas sobre los momentos en familia.

Al día siguiente Elizabeth tuvo otro derrame, y esta vez la conectaron a la máquina para que ella siguiera con vida. Sus hijos recibieron la noticia y fueron de inmediato al hospital. Estando en el hospital y viendo la situación de su mamá, ellos tenían que tomar la decisión, desconectarla de la máquina. Los hermanos discutieron acerca de la situación. Juan tenía la esperanza de que su madre despertara, pero Marco, estaba listo para hacer cumplir el último

deseo de su madre. Hubo un gran descontento entre hermanos, la comunicación no fluía, tenían muchos sentimientos encontrados entre ellos dos. Pasaron algunas horas, ellos llegaron a un acuerdo, era el momento de desconectarla, tomaron la decisión y Elizabeth les dejó.

Los hijos cumplieron los deseos de su madre y con forme pasaba el tiempo, la familia volvía a retomar reuniones familiares, recordando con mucho cariño y amor a Elizabeth.

Marilyn Mantilla

Cenderos